1º. PREMIO XIX CERTAMEN LITERARIO HELÉNIDES DE SALAMINA.

AUTORA: MARIANA TORRE JIMÉNEZ

Todos los colores

Es domingo. Los tacones de mamá recorren el pasillo de un lado a otro. Ayer se despidió de nosotros, primero fue a la habitación de Julián y después vino a la mía. Era tarde, así que mi hermano estaba a punto de salir. Yo estaba metida en la cama con un libro. Mamá dijo que me llamaría todos los días y apagó la luz. Ahora es temprano y por la ranura de la puerta veo pasar los zapatos de mi madre. Le gustan los zapatos de tacón. Este domingo los lleva rojos. Por detrás de los tacones pasan las pantuflas de papá. Me levanto sin hacer ruido. Mi madre está junto a la puerta, con cinco maletas y todas las plantas en una caja, dice que se las lleva porque nadie va a ocuparse de regarlas. Cierra la puerta con un golpe preciso. Papá se sienta en la cocina, actúa como si mi madre solo hubiera bajado a comprar el pan.

Julián está dormido, mi hermano nunca se despierta hasta pasadas las seis de la tarde. Tiene la costumbre de dormir por el día y salir por la noche. A mí me recuerda en algo a los superhéroes; pasada la medianoche, cuando estamos

todos dormidos, llena a rebosar la mochila con botes de pintura, guarda los que no le caben en una bolsa de plástico verde y sale por la puerta. Vuelve a casa a primera hora, algunas veces con manchas de pintura, otras enfadado, otras riéndose solo y otras, simplemente, arrastrándose de cansancio.

Sin las plantas, los muebles del salón parecen más oscuros, y los huecos de las cosas que se ha llevado mamá se miran unos a otros como expectantes.

* * *

Pocos días después cae una tormenta. Vuelvo tarde a casa. Si mamá estuviera me regañaría por entrar al salón con las zapatillas embarradas. Pero no está. El que está es mi padre, totalmente extasiado. Ha movido los muebles del salón, ha descolgado los cuadros y está pintando las paredes. Julián le observa en silencio desde el marco de la puerta. Y es que mi padre no ha decidido pintar las paredes del mismo blanco que tenían, ni tampoco pintarlas de colores alegres para cambiar el aspecto del salón. No. Ha decidido pintar peces. Está cubriendo las paredes de peces de distintos tamaños, peces que nadan entre algas y rocas marinas. La verdad es que son incluso bonitos, yo no sabía que papá dibujaba así de bien. Casi da gusto verle, tan concentrado con la paleta de colores, manejando dos pinceles a la vez, con el aguarrás a los pies, la camisa arrugada y llena de manchas de pintura. Levanta una ceja cuando perfila las escamas y guiña un ojo al subir un poco el brillo en el lomo de un pez naranja, brillo que le da un toque de movimiento a las aletas. Parece que el pez naranja se mueve de verdad, que nada, de un lado a otro, en las paredes de nuestro salón.

* * *

Esa noche cenamos los tres juntos. Papá mueve la mesa hasta el centro del salón y prepara pollo asado. Las patatas están duras, y el pollo algo seco,

pero no le damos importancia. Cenamos en silencio en el fondo del mar. Papá descorcha una botella de vino y me sirve un poco en una de las copas después de llenar la suya y la de Julián. Levanta su copa invitándonos a brindar, yo hago lo mismo, y hasta lo hace mi hermano después de un resoplo. Hacemos sonar las copas en silencio y masticamos despacio el pollo asado. Se nos mete entre los dientes.

—Estoy pensando en comprar un acuario —nos dice al rato mi padre—. Podemos colocarlo entre las dos estanterías del pasillo. Quedaría muy bien.

Miro a mi hermano, que no parece haber prestado atención a papá. Si nos hubiera anunciado que había decidido tirarse de un puente su reacción sería la misma.

—A ver, ¿qué cambios haríais vosotros en esta casa? —papá suelta la pregunta con ojos brillantes, como un niño pequeño. Mi hermano se limita a apurar su plato y levantarse de la mesa. Solo quedo yo. Papá me observa, digo lo primero que se me ocurre.

—Podríamos poner en esa pared —señalo la pared del fondo, la que tiene un mueble lleno de copas y platos carísimos— una pantalla de cine, y justo al otro lado, colgar un proyector.

Papá asiente, serio, como imaginando el resultado.

—No está mal, no está mal —dice. Se sirve más vino y observa la futura pantalla de cine mientras sujeta la copa por debajo y la agita levemente. El vino se mueve con ritmo, como si hiciera ondas suaves en un mar rojo.

* * *

Me despiertan martillazos procedentes del salón. Parece que papá se ha tomado en serio mi idea del cine. Son las ocho de la mañana y está destrozando a golpes el aparador. Ha envuelto las copas y los platos carísimos en papel de periódico y lo ha guardado todo en cajas de cartón. Recuerdo que el aparador es un regalo de la boda, de todos los muebles era al que mi madre le dedicaba

más tiempo, lo mantenía pulido, brillante y cubierto de plantas. El resto del salón también está en cajas, varias estanterías desmontadas y apiladas en el suelo.

Detrás de los muebles la pared aún sigue blanca, sin peces nadando. Me acerco a papá. Se me hace raro ver así la pared, desnuda.

—Estoy despejando un poco esto —me dice, secándose el sudor de la frente—. Tenemos demasiadas cosas. Si no tienes nada que hacer, puedes ir bajando las cajas a la calle.

Por la puerta entra Julián, con un ojo morado y la mochila vacía.

—¿Pero qué estáis haciendo? —lo dice en voz tan alta que hasta mi padre deja de dar martillazos al mueble. Creo que es la frase más larga que le he oído pronunciar en meses.

—Hay demasiados muebles—le digo—. Papá va a poner un cine.

No dejo de mirarle el ojo, tiene un derrame. Ahora no parece un superhéroe. Quiero preguntarle qué le ha pasado pero sé que es inútil, así que agarro con fuerza una de las cajas y sigo mi camino. Papá sí se lo pregunta. Julián responde con monosílabos antes de meterse en su cuarto.

Desde la calle se oyen los martillazos de papá.

* * *

Los únicos muebles que papá ha decidido conservar para el salón son la mesa —a la que le ha cortado un poco las patas porque era demasiado alta— y tres sillones. El proyector y la pantalla nueva son de gran calidad, y nuestro salón con las cuatro paredes cubiertas —ahora sí por completo— de peces, debe ser el lugar más extraño y agradable en el que he estado nunca. No entiendo a las personas que pueden vivir en salones atestados de muebles oscuros y con las paredes blancas.

Papá y yo acabamos de sentarnos en los sillones para ver una película. Tenemos las piernas estiradas y apoyadas encima de la mesa. Nada más salir los créditos, se va la luz. Papá tiene el mando a distancia en la mano.

—Mierda —dice, y se le cae el mando al suelo. Se echa a llorar. Primero son pequeños hipidos, luego empieza a llorar de verdad. No sé qué hacer, es la primera vez que le veo llorar. Lo más práctico que se me ocurre es volver a dar la luz. Cuando regreso al salón papá aprieta con fuerza el mando y no deja de mirar la pantalla con esa luz tan azul que sale del proyector cuando no hay nada dentro.

—Dime dónde vive mamá —dice. Se levanta. Me entrega un papel y un bolígrafo. Le escribo la dirección y le indico cómo llegar. Sale por la puerta sin ni siquiera ponerse el abrigo.

Me siento en la mesa de mi cuarto, saco folios y un montón de rotuladores de mi hermano. Intento pintar algo. Solo me salen garabatos, y además me cargo la punta de uno de los rotuladores. Está claro que yo no sirvo para esto. Imagino que me parezco más a mamá.

* * *

Son casi las doce de la noche y papá todavía no ha vuelto. Cierro la puerta despacio y bajo las escaleras hasta la calle. En el portal casi tropiezo con papá, está sentado en los peldaños de la entrada. Inmóvil. Como una estatua. Me siento a su lado sin decir nada. Tampoco le miro. Al rato enciende un cigarrillo y habla, en voz baja y mirando al frente.

—Tu madre se ha ido. A París.

No añade nada más. Es el primer cigarrillo que le veo fumar en mi vida. Aspira con fuerza, llenándose bien los pulmones. Ahí sentado parece muy viejo, la brasa del cigarrillo se enciende una y otra vez entre las cenizas.

* * *

Hace frío, me despierto algo tarde, y la casa huele otra vez a pintura. En el salón mi padre está pintando las paredes. Casi no quedan peces, están todos cubiertos de una capa de pintura amarilla. Por lo menos ha elegido esta vez colores vivos y el aspecto general sigue siendo más divertido que el blanco sucio que teníamos antes. Papá pinta concentrado, como si en cada brochazo le fuera un poco de vida. Con todo el salón despejado y esos colores nuevos parece otra casa. Me acerco a él para tratar de iniciar una conversación pero ni siquiera me ve, está concentrado en el rodapié, borrando los restos de corales y rocas marinas.

De camino a la cocina tropiezo con Julián, en calzoncillos. Está descalzo, se para en medio del salón a observar a papá, que sigue a lo suyo, brochazo a brochazo, lentamente. Está acabando de borrar la estrella de mar y a punto de emprenderla con el pez naranja. Baja la brocha hasta el cubo de pintura, la moja bien, y justo cuando va a borrar el pez naranja, mi hermano le sujeta el brazo, inmovilizándole. Papá se gira extrañado, como si no entendiera qué le impide moverse.

—Ese no lo borres —dice mi hermano.

Papá le mira sin verle, como si mi hermano estuviera hablando en otro idioma. Después mira el pez naranja, tan alegre correteando entre las olas. Parece de veras estar vivo.

—Por favor —añade mi hermano. Papá esta vez sí que mira bien a mi hermano, con interés incluso. Julián se da media vuelta y con sus pies descalzos y sus calzoncillos desaparece de allí.

Papá, por un momento, con la brocha en la mano, no quita la vista del pez naranja. Al rato sigue pintando el resto del salón; bordea las aletas del pez naranja, y también, con delicadeza, las algas que le rodean y las olas que le dan movimiento.

* * *

Mi madre vuelve a casa un domingo, meses después. Trae consigo una maleta pequeña. Se ha cambiado el peinado, ahora lo lleva más corto y con mechas. Está guapa. Lleva zapatos rojos, pero no son ya de tacón, son de suela lisa, lo que la mantiene casi a la altura de papá.

Aún así frunce la nariz cuando entra al salón y lo descubre casi sin muebles y con las paredes amarillas. Tampoco le gusta el pez naranja. Y comenta que el proyector es demasiado aparatoso, que impide que la luz entre por la ventana. Papá, para mi sorpresa, no le da ninguna explicación. Se limita a escuchar y a comentarle que a nosotros nos gusta así. Cuando dice nosotros me mira directamente, y yo me apresuro a añadir que sí, que me encanta.

Mi madre, al poco, vuelve a llenar el salón de plantas y consigue un aparador —uno más moderno, de diseño— para llenar ese hueco que siente en una de las paredes. Papá no dice nada, ni siquiera cuando mi madre un día entra en casa con un cuadro enorme de París y lo coloca justo encima del pez naranja. Nuestro pez queda totalmente cubierto por las aguas del Sena.

Papá se limita a comprarse con una caña de pescar y, cada domingo, conducir hasta un río que ha descubierto a cien kilómetros de casa. No regresa hasta bien entrada la noche. La caña de pescar jamás la saca de su funda, pero mi madre no parece darse cuenta.

Eso sí, yo sé que a veces, cuando mi madre no está en casa, papá se acerca despacio al cuadro, lo baja hasta suelo con un movimiento preciso y se queda observando al pez naranja ahí nadando, tan alegre, entre las olas de nuestro salón.

MARIANA TORRES